

Yo pecador y otros placeres

Javier Rioyo

Conozco al autor de *Placer contra placer* desde hace ya unos cuantos libros, que, en algunos casos, son variaciones del mismo libro. Desde luego del mismo espíritu, en todos batallan el placer contra el placer, antigua, eterna y renovada pelea de Don Carnal contra Doña Cuaresma. Porque no es verdad, aunque nos gustaría, aquello de todo el año es carnaval. Ni lo soportaríamos, pero frente a la vida terrenal como valle de lágrimas hay reivindicadores, propagadores de todo lo contrario, la vida como escenario de placeres al alcance del ser humano. Uno de los más destacados reivindicadores que conozco es Ruiz Mantilla.

El periodista, escritor, novelista y gozador, Jesús Ruiz Mantilla es un bien nacional, un monumento que tendría que ser protegido. Cuando los seres humanos como él, en sus manifestaciones públicas o privadas, comiencen a perder sentido, cuando lleguen a ser memorias de tiempos pasados, significarán que estaremos cerca de terminar con una civilización que me gusta. Una sociedad que no cometa los pecados que Ruiz Mantilla viene cometiendo hace décadas, es una sociedad que no merece la pena. Y no hablo de la reivindicación del exceso, de la gordura como rebeldía ni de la decadencia del hartazgo. Que nadie se engañe con las apariencias. No son esas las propuestas de Ruiz Mantilla, no son esos los caminos del placer, del saber gozar, del saber vivir. En los placeres de Ruiz Mantilla, los pecados capitales se convierten en propuestas de felices transgresiones. Se puede pecar de otras maneras, pero son más aburridas, menos vitales, menos apasionadas.

Jesús Ruiz Montilla: *Placer contra placer*, Ed. Aguilar, Madrid, 2008.

Esta peculiar fisiología del gusto, este libro rojo de un comunismo del gozo como conquista social y personal, este catecismo de colores, esta confesión de objetiva felicidad de Ruiz Mantilla, es una inteligente propuesta para recorrer placeres vitales, mentales, sensoriales y emocionales. El placer, como el demonio, se aparece de muchas formas: de pincho de tortilla, de barra de la taberna de Cuenca «La Ponderosa», de helados juveniles, de vinos o whiskies; no, el placer se consigue en una conversación nocturna con los amigos, en las risas con las hijas, en el recuerdo de un bocata compartido con un amor, en los viajes por carreteras secundarias, en algunas voces de la ópera, en los conciertos de los Rolling, en las lecturas de los clásicos, en las músicas del Ipod, en los partidos del domingo, en el recuerdo de bajadas por la nieve o en el placer de no hacer nada. El placer tiene mil maneras de tentarnos. Y nosotros tenemos muchas razones para caer en la tentación. De eso va éste libro, de caer en la tentación, en las tentaciones y no arrepentirnos. Podemos hacer muchas cosas. Y también podemos encontrar placer en imaginar como será eso tan placentero de no hacerlo.

No es fácil imaginar a Ruiz Mantilla como un Bartleby. El preferiría hacerlo. Y cantarlo, comerlo, escribirlo, escucharlo, pasearlo, contarlo y disfrutarlo. En tiempos de dietas, gimnasios, espíritu ligh y modelos anoréxicos, Ruiz Mantilla propone decir no. Y lo propone desde un lugar del mundo, desde un tiempo y un país que conoce y disfruta como pocas personas. Es uno de nuestros más destacados y conocidos periodistas culturales. Un profesional sagaz y tranquilo, con las necesarias dosis de entusiasmo y escepticismo, una buena combinación para tiempos de tantos conocimientos virtuales y poca sabiduría vital. Conocemos sus novelas *Los ojos no ven*, *Preludio* y *Gordo*, y también su biografía sobre el castrado cantante Farinelli, y en toda su obra libresca esta la vida, la pasión, los gustos y disgustos de éste inusual escritor y periodista que nos hace acordarnos de aquellos maestros de la curiosidad, el periodismo, la buena mesa y la buena escritura, en el que situamos en un lugar preferente al añorado Néstor Luján. En esa senda es como entendemos las propuestas vitales, esta peculiar literatura de autoayuda que nos propone Mantilla en sus caminos para encontrar el placer.

Libro que está escrito como una confesión, como un «yo pecador», como un reconocimiento de nuestra condición de condenados si viviéramos en un mundo regido por las normas, las restricciones, los premios y los castigos que imponen las religiones. Es un libro escrito al margen de la obediencia, al margen de los mandamientos, al margen de la fe y del pecado. Un libro a favor de la fe en los hombres que aman, beben, comen, se emocionan, hacen el amor, viajan, escriben, leen, cantan y recuerdan. Es un libro que va con nuestro equipo. Es un libro de uno que siempre jugará con nosotros, aunque seamos de los peores de la clase. Un libro para mujeres y hombres que merecen la pena.

Es verdad que el hombre, decía Montaigne, es un animal que guisa. También es un animal que busca los placeres, los reconoce, los sabe nombrar y, algunas veces, los sabe contar. En esa estirpe de hombres, de escritores está Jesús Ruiz Mantilla. Un tipo que merece la pena. Un hombre que sabe cultivar la buena vida y el amor a los suyos, a los que elige como suyos y las cosas que por la vida pasan para que no se pierdan entre los deseos frustrados.

Es un libro lleno de reivindicaciones. Un libro que nos empuja a eso tan pecaminoso que es la búsqueda del placer. Y es un libro escrito con amor. Con amores a muchas cosas. También con algunas fobias, que Jesús no es de ninguna secta, ni va con sermones, ni pide perdón por los pecados. Es un tipo normal. Pero amoroso. Como dijo el maestro de vida, placeres y escritura, Josep Plá: «No hay amor sin cocina. La práctica del amor es inconcebible entre personas mal comidas o tirando a hambrientas». No somos de esos. Y Ruiz Mantilla, menos. Que lo lean, que disfruten ©